

El traductor frente al texto origen: ¿cómo lo trabajo yo?

Garry Mullender
Universidade de Lisboa, Portugal



*Garry Mullender,
invitado de Portugal,
sonríe complacido
en compañía
de tres representantes
de ProEventos,
de izq. a der.,
Rosalinda Caízea
María C. Salazar
y Evelyn Santos*

Cuando me invitaron a participar en esta mesa redonda, pensé que estaría un poco perdido pues realmente no soy traductor; soy intérprete, y el intérprete no trabaja con textos sino con el discurso oral. Por esta razón, dudé antes de aceptar la invitación. Sin embargo, terminé aceptando al reflexionar un poco mejor sobre la actividad del intérprete. Es evidente que una de las tareas principales de un intérprete es traducir, en el sentido de pasar un mensaje de una lengua a otra y, sin duda alguna, trabaja con textos: solo que estos son textos orales, precisamente los que dieron paso, muchos siglos atrás, al surgimiento de los textos escritos.

Así, puede afirmarse que los textos con los que trabaja un intérprete son muy distintos a los textos con los que lidia el traductor. Son muchas veces textos espontáneos, imperfectos,

con un fin inmediato y, por esta misma razón, la traducción que el intérprete hace es también espontánea, eventualmente imperfecta (pues no hay oportunidad para las revisiones), pero, por encima de todo, es de consumo inmediato y con la finalidad de establecer la comunicación entre dos comunidades lingüísticas que no tendrían la oportunidad de conversar si no estuviese presente ese mediador lingüístico cultural.

Podemos hacer una analogía entre el intérprete y el pianista: el intérprete se prepara para su tarea al obtener información sobre los autores de los textos que traducirá, de la temática, de la historia y de los antecedentes de los textos, en fin, el intérprete intenta anticiparse a su tarea; el pianista ensaya, quizá escuche otras interpretaciones de sus piezas, pero no ensaya en una sala de conciertos delante del público. Es decir, ambos tienen un profundo conocimiento de sus lenguajes y saben cuáles son las técnicas que deben emplear al momento de convertir el texto origen en un objeto de comunicación con su público. El intérprete escucha pequeños fragmentos que va traduciendo hasta que el discurso toma forma; de la misma manera, el pianista, por momentos, lee apenas algunas notas en su partitura y así va construyendo su pieza. Sin embargo, tanto el intérprete como el pianista deben también transmitir toda la carga de emociones, sentimientos, objetivos e intenciones del autor del texto y para lograrlo se apropian del autor y entran en su piel o en su cabeza hasta lograr comprenderlo mejor y de esta

forma conseguir interpretar todas las facetas y sentidos de la pieza. Así que la interpretación será única debido al contexto, al diálogo con los receptores y a la capacidad y disposición del pianista o del intérprete en ese momento. Es por esto que antes los pianistas se oponían a que se grabaran sus conciertos, y cuando se graba una interpretación aparece el aviso de que la finalidad de esta es, simplemente, asegurar la comunicación en tiempo real y que no constituye un registro o un acta de los acontecimientos. Fuera de su contexto temporal y espacial, es posible que su trabajo no tenga ningún sentido. Es decir, el texto producido es un texto tan inestable y efímero como el texto origen.

El intérprete trabaja el texto origen de forma distinta a como lo hace el traductor: el intérprete debe tomar decisiones rápidas, sin posibilidad de repensar y corregir lo que ha dicho; también debe desligarse de inmediato del texto que ya fue tratado: no puede revisarlo pues no hay lugar para perfeccionarlo; debe alejarse de las palabras del texto origen para poder dar con las ideas y saber improvisar y reaccionar instantáneamente a las dificultades con las que se encuentra, teniendo siempre en mente no su propio desempeño sino la satisfacción de las necesidades de sus clientes.

Uno de los principales desafíos al trabajar el texto origen está en la capacidad que tiene el intérprete de adaptarse al orador, a su estilo, a su lenguaje, a sus gestos, a las dificultades propias del texto y, al mismo tiempo, en transformar todo eso en un discurso auténtico en su propia lengua, que aclare y convenza al oyente. El estilo será, en parte, un reflejo de la lengua original, del tema, de la calidad con la que habla el orador, pero también (como pasa con cualquier autor) tendrá su impronta personal, que revelará su personalidad, sus intenciones y objetivos; de modo que el estilo del intérprete no puede eliminar la personalidad del autor del texto, aunque esté trabajando con un texto que también deba tener en cuenta las expectativas e intereses de sus receptores.

La personalidad del autor, en este caso el orador, está a la vista, y el intérprete aprovecha la posibilidad de poder ver al orador para captar su humor, sus emociones y todo aquello que subyace sus palabras; en esto, el intérprete tiene una ventaja sobre el traductor. Sin embargo, el traductor puede revisar su texto y descubrir sus diferentes cargas semánticas y las facetas de la personalidad del autor. Por eso, el traductor termina por involucrarse emocionalmente con el texto y este adquiere un significado para él que va más allá de las meras palabras, mientras que el intérprete tendrá que conformarse con un encuentro fugaz con su texto.



Adrianka Arvelo, traductora de Garry Mullender, como coordinadora de ProEventos motiva a la nueva cohorte 2012-2013 a participar en las actividades de extensión

La forma en la que el intérprete trabaja el texto también dependerá de los intereses y orientaciones del cliente. En el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, la interpretación pretende ser una copia *ipsis verbis* del original. Ante discursos leídos, que son textos cuidadosamente preparados, el intérprete, por cuestiones de sensibilidad política, debe seguir fielmente el texto, en un proceso de traducción instantánea, casi mecánica; pero en otras circunstancias habrá receptores que se interesen más por la opinión, por aquello que puede esperar de su interlocutor, por las ideas generales y no por los pormenores y el peso de cada palabra. Pero, ¿cómo puede un intérprete saber todo eso? ¿No será mejor, simplemente, hacer lo que se pueda en aquello que es una tarea compleja en la que sus capacidades están casi siempre a punto de saturación? ¿Habrá algún margen para tomar decisiones acerca de la forma en la que trabaja el texto?

Las hay, sin duda, y los intérpretes están siempre tomando decisiones, sean estas conscientes o no. Un texto oral, si fuera verdaderamente oral, como pasa en una entrevista, en una rueda de prensa, en ciertos debates parlamentarios y en los debates finales de una conferencia, está lleno de imperfecciones (dudas, redundancias) y repeticiones (intencionales o no) que evidentemente no aparecerán en un texto escrito. El intérprete hace un trabajo de limpieza, por lealtad al emisor, para que este dé la mejor impresión a los oyentes o para facilitar la recepción del mismo. ¿O será más bien para sus propios fines? (¿querrá que el orador quede bien o quedar bien él mismo, o sea, que su trabajo sea reconocido o que se reconozca el del orador?). ¿El intérprete tiene el derecho y el deber de mejorar el texto o no? ¿No estará desequilibrando la relación de poder entre el emisor y el receptor del texto? ¿Y si se tratara de un tribunal? O sea, la forma en que trabaja el texto también remite a una cuestión de lealtad con una u otra de las partes y, también, a la neutralidad.

De cualquier manera, el intérprete no puede dejar de tomar en cuenta la construcción de su propio texto. La interpretación de una intervención no es una traducción palabra por palabra, idea por idea, frase por frase, pero sí es una construcción de un razonamiento que se pretende lógico, claro y coherente para que el intérprete pueda decir que logró su objetivo primordial de facilitar la comunicación entre dos personas que hablan idiomas diferentes.

Traducido del portugués por Adrianka Arvelo

Revisado por Yajaira Arcas